

UNA NOVELA SOBRE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, ¿CRITICA O DIFAMACION?

POR

FRANCISCO DE GOMIS

Toda guerra es un trauma terrible. Las guerras civiles, uno de los peores azotes. Los pueblos idealistas son apasionados y viven estas guerras con más dolorosísimo espasmo. Los ideales entusiasman cuando son auténticamente sentidos. Las cualidades, como los defectos, aparecen entonces como magnificados y agrandados por la impetuosidad del corazón.

El idealista aspira a realizar el ideal, llegar a sus últimas consecuencias; tiende fácilmente a actitudes radicales de integralidad. En el fondo de todo idealismo hay una gran dosis de honradez existencial. Se tiende a vivir el propio pensamiento, al que se supedita la misma vida.

Sólo estas actitudes existenciales, apasionadas, hondamente sentidas y vividas, tienen capacidad de expectación y de captación. Por eso, nuestro pueblo, profundamente idealista, despierta en el mundo la expectación que produce la autenticidad en todo drama humano. Y la vida de los pueblos, con perspectivas seculares, ¿qué es sino un inmenso y misterioso drama?

En la larga crisis y tensiones del pensamiento contemporáneo, que hunde sus raíces en las ideas renacentistas, y hasta que se produce la deflagración marxista, los pueblos de Occidente han desempeñado un diverso papel. En esta crisis, los pueblos hispánicos como línea predominante, se mantuvieron fieles en su adhesión a la Iglesia católica. Pero también aquí hicieron mella las nuevas corrientes de pensamiento, que en nuestro pueblo dejaron de ser especulaciones puras para convertirse en un existencialismo apasionado.

Esta raza nuestra, en la que el catolicismo fraguó con los más eminentes místicos, fundadores y misioneros: Santa Teresa de Avila, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier... —exponentes más bien de la actitud espiritual de nuestro pueblo—, al contacto con las nuevas ideas, iba a provocar un análogo inte-

gralismo y actitud espiritual de entrega apasionada respecto de las nuevas ideas que hoy agitan convulsamente a nuestro mundo, como si estuvieran fraguando otros —digamos— “santos” de signo opuesto a los citados. Pero tales tensiones ideológicas y existenciales no se dan sólo entre catolicismo y marxismo, sino también entre cada una de las sectas del marxismo, cuya virulencia y autenticidad tienen entre nosotros anchos horizontes y futuro.

Sólo así puede centrarse el tema de la guerra española de 1936-1939. Somos, hemos sido, la probeta más auténtica de experimentación de todas las ideas que se han fraguado en el mundo. Otros especulan. Nosotros especulamos, pero además lo vivimos. Todo el que tiene capacidad de entusiasmo de allende las fronteras se identifica con nuestros entusiasmos con una u otra de esas religiones contrapuestas: religión no es en definitiva especulación, o sólo especulación, sino que por encima de todo es vida; convertir en vida el propio pensamiento, la propia conciencia.

Cuanto antecede queda reflejado en las afirmaciones que hace Ernest Hemingway en su libro *Por quién doblan las campanas*, al referirse al clima existente entre los combatientes comunistas de la zona roja. Habla Hemingway del “comunismo puritano, religioso, del Cuartel General de la Brigada Internacional”; allí “uno se sentía miembro de una orden religiosa”. En el Cuartel General del Quinto Regimiento “se sentía —añade— que uno participaba en una Cruzada. Esta era la sola palabra adecuada...”. “Esto permitía participar en algo en que se pudiera creer enteramente, completamente, y a ello se sentía uno ligado por una fraternidad absoluta con todos aquellos que estaban igualmente comprometidos en la misma empresa”. “Este sentimiento, desconocido hasta allí, tomaba tal importancia que, entonces, la misma muerte parecía no tener importancia...” (capítulo XVIII de *Por quién doblan las campanas*).

Este mismo sentimiento, exactamente, es el que se produjo entre los combatientes nacionales, al servicio de un ideal católico y en contra de la tiranía marxista y su libertad de asesinar. Y así hubo verdadero y auténtico espíritu de Cruzada en la zona nacional, a pesar de los interesados lamentos y protestas de muchos escritores de signo contrario, que se han empeñado en negarlo.

A esta doble Cruzada nos acompañó el mundo entero; lo existencial en el hombre es superior a la mera especulación. Y así tuvimos voluntarios para todos los sectores ideológicos, que acudieron por millares; y por eso mismo nuestra guerra ha constituido el éxito editorial más espectacular que se ha producido en todo el mundo, con docenas de miles de títulos y publicaciones, muchas más que las originadas por la Primera y Segunda Guerra Mundial.

Hubo en la nuestra, como en toda guerra, actos de generosidad y de salvajismo. Posteriormente, la última guerra mundial, con sus campos de muerte, sus *katyres*, sus archipiélagos Goulag y sus más diversos delitos de lesa humanidad cometidos por alemanes, rusos, ingleses y *yankees*, que entregaron fría y fríamente a una muerte segura a millones de hombres —también los devueltos a los rusos en contra de su voluntad—, y tan espantosas represalias nos han liberado a los españoles de un complejo injusto. No somos peores que otros pueblos; al contrario, entre nosotros las barbaridades han sido hasta más humanas, más espontáneas y fruto de un apasionamiento momentáneo, y sobre todo más limitadas. Baste decir que, según datos oficiales, en toda España hubo menos asesinatos y represalias de las que se produjeron en Francia a raíz de la liberación de 1945.

Nunca ofende la lectura de quien expone sus puntos de vista con lealtad, sin falacia, noblemente. Ningún libro escrito con autenticidad, como experiencia real tensa y dolorosa, molesta nunca en sus apreciaciones. Pero produce desasosiego la injusticia que comete más fácilmente el intelectual puro que se siente por encima de los demás y pretende poder definir a todos. Es difícil que una misma persona pueda representar honrada y objetivamente en un mismo acto a las dos partes en litigio. Es, en cambio, legítimo el entusiasmo que cada uno siente por la propia causa y sacrificios, y la autenticidad de cada vivencia aumenta en un todo su interés.

Recientemente, la radio programó una *interview* con el autor de un libro, en la que éste aparecía en aquella difícil posición de hermafroditismo intelectual que pretende representar objetivamente a las dos partes en litigio. La lectura de este libro lleva una vez más a la conclusión de que tan raro fenómeno no existe; ese pregonado hermafroditismo más bien se parece a la añagaza comercial o propagandística. El libro carece de todo el interés del testimonio auténtico de un problema nacional, para quedar reducido simplemente, en todo caso, al testimonio de un problema personal.

El autor es sacerdote: José Luis Martín Descalzo. Su libro: *Lobos, perros y corderos*. El protagonista principal, David, es también sacerdote y aparece como personaje omnipresente de la novela en casi todas las páginas del libro, con conversaciones, sueños y soliloquios, en los que se condensa principalmente la tesis del libro. Porque el libro pretende ser un libro de tesis. Y sus personajes son sólo muñecos utilizados para mejor tratar de sostener dicha tesis.

Como hace Arthur Koestler en *El cero y el infinito*, con sus soliloquios sobre el comunismo, al que dialécticamente vapulea, y salvadas naturalmente las distancias con tan extraordinario escritor,

lo mismo pretende hacer David, el sacerdote protagonista de la obra de Martín Descalzo, con todo lo que signifique religión y sacralización; y subjetivamente lo consigue, pues parece que a dicho sacerdote se le obnubilan y desmayan todas sus convicciones anteriores.

Sólo un escritor sacerdote podía poner tal obsesión en torno a lo que ha sido eje central de su vida. Pero el tono del libro y sus afirmaciones y problemas no son los adecuados a un sacerdote de la mentalidad que correspondía a los que murieron asesinados durante la guerra civil con ejemplarísima fidelidad a su sacerdocio, sino que son más bien las preocupaciones y desgarró de uno de esos clérigos actuales que quisieran sentirse "liberados", y que, llevados del revisionismo naturalista que hoy impera, con un desmedido concepto de sí mismos, empiezan por sentirse redentores del prójimo y definidores de todo; disecan y trituran, una a una, todas sus creencias y acaban muchas veces en la triste claudicación del propio sacerdocio.

El libro, sin proponérselo, refleja esta actualísima tragedia. En el año 1936 hubiera resultado un libro detonante y sensacionalista, como una denuncia escandalosa por lo falsa e irreal. Hoy queda para el lector como un libro zafio y vulgar, pues su tono, muchas veces bajo y obsceno, y la desacralización de que hace agallas resultan eco corriente de la crisis que caracteriza a nuestros días; pero era algo impensable en el año 1936 para cualquiera que tenga la más elemental información. Los 13 obispos y más de 7.000 sacerdotes y religiosos asesinados por los rojos dieron testimonio de fe viva y humilde; y sólo un ciego y amargo sectarismo puede regatear la gloria de los que murieron fieles a un gran ideal.

Sin embargo, el libro de Martín Descalzo parece una paladina negación de esta realidad. Todos los clérigos que aparecen en la obra a través del testimonio de David, el joven sacerdote, son unos tipos antipáticos, duros, engreídos, expeditivos, incluso el obispo: "hay que tragarse la guerra tapándose las narices, como se bebe un purgante. La salud vendrá después..." (pág. 141); con una fe dura, como la de su confesor, que desea que "los hombres lleguemos a descubrirlo todo, que fabriquemos a la vida, que vencamos a la muerte. Ese día la fe en Dios empezará a ser verdadera" (pág. 79). "Aunque no estoy muy seguro de que entonces siga alguien abrazándose a una fe inútil" (pág. 80). Y David, el único clérigo ingenuo, simpático y generoso de la obra, es un hombre lleno de dudas, que ve "venirse abajo su formación como un castillo de naipes" (pág. 50). Mientras espera que le den muerte, todo son dudas: "los dogmas seguían estando clavados como siempre en su alma, in-

móviles, *inútiles*. ¿Crear o no en la Trinidad o en la Transustanciación haría más llevadera su muerte? Era otra la fe que ahora necesitaba..." "El Dios de sus libros teológicos no le servía..." (página 149). Para David, «el hombre era una criatura desvalida cuya *única certeza* surgía cuando lograba engañarse a sí mismo y se dedicaba a vivir sin pensar" (pág. 151). En otro lugar: "si al otro lado está Dios, todo podría aclararse. Y si al otro lado no hay nada, ya no habrá nada que aclarar" (pág. 173). Y al final de la obra: "su *única certeza es que ya no le quedaba ninguna...*"; "su mismo sacerdocio se había oscurecido. O lo que del sacerdocio le habían enseñado. No era ni salvador, ni mediador, ni redentor"... "¿Podía incluso atreverse a decir misa cuando *no estaba ni seguro de seguir dentro de la Iglesia?*" (pág. 258).

Este es el mejor de los curas que nos presenta Martín Descalzo en su libro. No hablemos ya de aquel párroco, don Armando, que en boca de otro de los protagonistas "era no sólo servil, sino rastroso, cobarde, babeante" (pág. 90).

David, cuyo pensamiento hemos reproducido, es el sacerdote que presenta el autor como futuro mártir en manos de los rojos. Antes de morir: "...hubiera debido escribir a sus padres..." "...Pero ¿qué les hubiera dicho? *¿Transmitirles todas sus dudas?* No, mejor que le *imaginasen como el héroe que no era*"; "...pensarían en él como en un mártir glorioso" (pág. 109).

¿Qué queda aquí del sacrificio sobrenatural del mártir de una fe? Nada. Falta sólo la última puntilla que le da el autor a través nada menos que de un obispo soñado por el dubitativo y escéptico sacerdote, al que increpa: "En estos días en que la Iglesia española está llenando de asombro al mundo, *tú no resultas un mártir... presentable*. Tu corazón está lleno de dudas, ese terror a la muerte casi histérico... Afortunadamente, tenemos a nuestros biógrafos, *que sabrán adornarte*" (pág. 137). Toda la hagiografía de nuestros mártires queda, pues, aquí reducida a un "adorno" ficticio.

Un autor sacerdote hablándonos de la guerra hubiera podido tener mayor caridad para con sus hermanos muertos y mayor veracidad. ¿A qué remover sus cenizas para difamarlas? Si no quiere honrarles con el laurel de la verdad, ¿por qué no callarse al menos y dejarles en paz?

El libro de Martín Descalzo quiere suponer que los nacionales sólo sentían odio, incluso los que están detenidos con David en espera de una muerte que creen inminente. El sacerdote les confiesa en aquel momento supremo y el autor del libro aclara: "sólo una cosa turbaba a David: el odio. *Porque el odio estaba allí (en la confesión), no espantado ni por la proximidad de la muerte*" (pág. 65).

Odio y ausencia de amor es la tesis del libro: “¡Yo no he amado a nadie! —gritó el canónigo” (pág. 249). Y así, por el ya clásico procedimiento de confesión de parte, con la acusación en los labios de los protagonistas más próximos ideológica o socialmente de quienes hacen la denuncia, este supuesto hermafrodita intelectual que cree poder representar a las dos partes en litigio, hace cantar la más culpable palinodia a una de las partes mientras justifica y disculpa totalmente a la otra. Todo esto resulta hoy un simple plagio, sin originalidad.

En toda guerra como ésta hay minorías que asesinan libremente, al amparo de las circunstancias, llevadas por sus malos instintos, pero la gran masa de los que cubren los frentes de batalla son soldados que sufren y ofrecen sus vidas. Y el soldado no odia. Cuando ejercita los valores más altos de entrega, compañerismo y sacrificio, frente a una muerte próxima, no odia, no es capaz de odiar. Por eso todos los soldados recuerdan con nostalgia su pasado guerrero, pues en él realizaron el don de sí mismos más completo de cuantos realizan los hombres a lo largo de su vida.

Eso mismo opina George Bernanos. Al recordar los sacrificios del soldado, comenta: “Cuando se vive una vida semejante es difícil odiar al enemigo. El ofrecimiento cotidiano de la propia vida no incluía a ninguno de estos sentimientos —odio, envidia, avaricia— que concentran al hombre sobre sí mismo y le convierten en su propio fin”...; “mientras existan soldados en el mundo —añade— no les podréis impedir que honren al propio riesgo, y el que honra a su riesgo honra al enemigo”. Y si honra al enemigo, ¿cómo no va a honrar al amigo?

¿Sabe Martín Descalzo de las escenas de fraternidad que se han producido durante nuestra guerra; que muchas veces los soldados nacionales han arriesgado sus vidas para recoger a los heridos del ejército contrario que quedaron gimiendo entre dos líneas?

¿Sabe de las treguas convenidas entre fuerzas contrarias para unirse fraternalmente en dar sepultura a los que cayeron en el asalto frente a una posición nacional? ¿Sabe que se organizaron incluso competiciones de fútbol entre dos líneas? ¿O que las conversaciones de trinchera a trinchera han terminado a veces con una invitación a comer, franqueando para ello las líneas contrarias y tomando con ello ocasión para tener noticias de los familiares residentes en la zona nacional, retornando después a las trincheras propias? ¿Sabe, en fin, este autor sacerdote, la labor de heroica caridad de sus hermanos en el sacerdocio que estaban en los frentes nacionales para asistencia espiritual, cuyo valor heroico en rescatar heridos y atender a moribundos merecía a veces el entusiasmo de los soldados,

como sucedió con el padre Huidobro, llevado a hombros por sus legionarios, en un arranque de admiración por ese heroico don de sí mismo que le llevó a la muerte, o como el padre Caballero, que fue distinguido con la Medalla Militar individual, como homenaje del Ejército por esa misma heroica labor?

Al referirnos a la guerra, hablemos, pues, de esa generosidad de nuestros soldados, con esperanza, y evitemos el especular con las tensiones del odio; que el resentimiento y la amargura de unos pocos no puedan hacer estéril la generosidad y el sacrificio de los más.

Y en cuanto a la fe por la que tantos y tantos murieron, no más soliloquios cerebrales, sino atención al palpito viviente de los más nobles sentimientos y convicciones. La fe no es un razonamiento intrascendente de realidades que se palpen con los dedos; es más bien un sumergirse en la esencia del misterio de la vida con humildad. Las facultades intelectuales no se nos han dado para disecar estérilmente todo, sino para nuestro adelantamiento espiritual, para lo que es imprescindible una cierta infancia espiritual y espíritu de fe. Sin ese espíritu no hubiéramos creído en ninguna de las cosas que nos enseñaron de pequeños y, por consiguiente, tampoco hubiéramos podido aprender a hablar, ni, por tanto, a raciocinar. Si no aceptamos el significado de la palabra, desaparece el raciocinio; sin la palabra, el hombre queda próximo al bruto. Análogamente sucede para la vida espiritual. Sólo la Palabra recibida con humildad abre el camino al conocimiento de lo sobrenatural y a participar por la Fe en las enseñanzas de Cristo. Como dice San Juan de la Cruz, queda ...

“el espíritu dotado
de un entender no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.

.....

Y si lo queréis oír,
consiste esta suma ciencia
en su subido *sentir*
de la divinal Esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.

“Sentir conocimiento”, nos dice San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales. El conocimiento real, humano, no es, pues, solamente cerebral, sino existencialmente “sentido”, que comprende la integridad de nuestro ser: “el corazón tiene razones que la razón no entiende”, dice un conocido refrán.

El soliloquio descarnado, sólo cerebral, no es real ni humano. Má allá de los razonamientos negativos está la intuición, que es una percepción vital superior al mero intelecto, a la que se deben los más grandes descubrimientos de las ciencias sensibles. Digamos también de las espirituales. ¿Qué son los grandes Santos sino grandes intuitivos de lo sobrenatural? Y sus consecuencias están ahí: sus obras espléndidas, sus millares de seguidores y su surco profundo y excepcional en la historia, pues las conquistas del espíritu trascienden y son las únicas que elevan verdaderamente al hombre. Y nos dejan también los Santos la rúbrica superior de sus milagros: “no es dudoso —nos dice el doctor Alexis Carrel— que la mayoría de los milagros atribuidos, por ejemplo, al cura de Ars son auténticos”. Y en otro lugar añade: “El departamento médico de Lourdes ha prestado un gran servicio a la ciencia, demostrando la realidad de estas curaciones”. Este testimonio del doctor Carrel, presidente que fue del Instituto Rockefeller de Nueva York y Premio Nobel a los treinta años, es para nosotros, científica y humanamente, superior al de ese pobre clérigo, David, aplastado como una mariposa con sus probrísimos parpadeos cerebrales.

En la realidad de los milagros hay una fuente de esperanza que tuvieron, sin duda, muchos de los que murieron para que se superasen todos los odios y para que nuestra Patria no perdiere el surco de los valores que sirvieron con amor y sacrificio las generaciones que nos han precedido.

Y más impresionante que el testimonio a favor de los milagros es todavía el testimonio de este científico en favor de la oración: “Ella marca a los que la practican con un sello particular. La pureza de la mirada, la tranquilidad del porte, la alegría serena de la expresión, la virilidad de la conducta, y cuando es necesario, la simple aceptación de la muerte del soldado o el mártir...”. Que estas palabras del científico francés sirvan de epitafio a nuestros mártires.